

REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 386.

MADRID 20 DE FEBRERO DE 1844.

Segunda serie.



CELESTINO PIDIO QUE LE SIRVIESEN EL DESAYUNO.

UN ACTO DE DESESPERACION.

(Conclusion.)

Celestino no pudo menos de experimentar cierta especie de orgullo al ver como una palabra suya esparcía la consternacion en Dublin. Con magestuoso paso se encaminó hácia la fonda de Greamesh, y pidió con un acento marítimo y porovenzal, que le sirviesen el desayuno.

Todos los criados de ambos sexos, y el *land-lord* el primero, se apresuraron á obedecer las órdenes de Celestino, y le sirvieron sobre una mesa treinta platos, y los vinos mas esquisitos de Oporto, Sherry y Claret. Concluida la comida, escogió lo que le pareció de los platos que estaban intactos, lo puso en un cesto, y llamando al *land-lord* le dijo:

—Caballero, todo esto es para mi hermano Javier, es su almuerzo; ahora dad lo que me ha sobrado á esas pobres mugeres que han presenciado desde las ventanas mi desayuno.

El amo de la fonda se inclinó, haciendo un signo muy expresivo de obediencia á los deseos del vecino barril de pólvora, representado por el marino francés.

Celestino hizo la señal convenida antes de abrir la puerta del cuarto del volcan, y Javier aproximó la mecha encendida al barril de pólvora. Celestino cerró tras sí la puerta y depositó las provisiones en una mesa.

—Dáme la mano, Javier, dijo sentándose, todo marcha bien; la máquina está admirablemente dispuesta; Dublin es nuestro... ¡Qué desayuno acabo de devorar en casa de Greamech! ¡que vinos! ¡que criados tan serviciales! Almuerza á tu vez, amigo mio; he dispuesto nuestra comida para las siete.

—Y el cherif, dijo Javier desocupando un gran vaso.

—El cherif tiene miedo; nos conoce, así como todo Dublin, Javier, y sabe que somos capaces de poner en ejecución la amenaza. La policía está sin saber que hacer, busca un expediente y no lo encuentra. Al volverme, he hallado á un hombre que me ha detenido políticamente y me ha dicho:—En el nombre de Dios, capitán, no os olvidéis de volver á las cinco.—Que interés teneis vos en eso? le he preguntado.—Yo soy Ricardo Shawb, vuestro vecino.—Ah ya comprendo, le dije; pues bien estado tranquilo, seré prudente; pero que Dublin lo sea tambien, M. Ricardo me respondió de la prudencia de Dublin.

—Por vida del... exclamó Javier, como Dublin nos engañe, le hemos de enviar á pasear á la luna.

—¡Oh! bien lo sabe él. Verdaderamente estoy encantado del porvenir que se nos presenta. Ya tengo cien proyectos en la cabeza... Desde luego voy á pedir en casamiento la hija de Ricardo Shawb, nuestro vecino.

—¡Ay, Dios mio, Celestino!

—Y á tí te casaré tambien; te destino la hija de Mr. Greamech, una rosa encantadora, que tiene doce mil libras de dote; ¡cien mil escudos!

—¿Pero qué nos importa el dote, Celestino? ¿No estamos aqui presos para toda la vida? ¿Cómo hemos de gozar del dote?

—¿Y quién conoce el porvenir? Tomemos siempre el dote si se presenta. Mañana pido á Miss Shawb para mí, y á Miss Greamech para tí.

—¿Y si nos la niegan?

—Saltamos... es la respuesta á todo... Nosotros no hemos de saltar mas que una vez... Mañana hago amueblar dos cámaras nupciales por el primer tapicero de Dublin. Haremos dos casamientos sobérbios.

—¿Dónde, pues?

—¿Dónde? en casa de Greamech, en sus magníficos salones. Tú irás primero y yo despues, porque es necesario que uno de nosotros quedeguardando el volcan. Convidaremos á nuestras bodas á toda la alta sociedad de Dublin; bailaremos hasta el día; y gastaremos en una funcion en un baile cien mil escudos.

—¿Y quién paga?

—¿Quién ha de pagar? Shawb y Greamech, nuestros suegros.

—Eso es justo, Celestino; pero despues ¿Cómo acabar á todo esto?

—Ah! quién sabe? Puede que esto no acabe; no es necesario que concluya. Empezará todos los días... Aun tengo el proyecto de hacerme nombrar corregidor de Dublin, y á tí prefecto del departamento de Irlanda. Para tener esperanza de dar un vuelo fabuloso á nuestra ambicion, empecemos por las cosas fáciles; casémonos, y cuando tengamos hijos los estableceremos ventajosamente en los tres reinos.

Esta conversacion fué interrumpida por un estrepitoso ruido de música inglesa, que ocupaba el *Sakville Street*. Celestino abrió y cerró la puerta, siempre con las precauciones de costumbre, y bajó á la calle, donde encontró á su vecino Ricardo que parecia que no era extraño á estos movimientos.

—¿Qué es esto? preguntó vivamente Celestino á M. Shawb.

—Es que pasa la *festival* de Dublin respondió políticamente M. Ricardo.

—Y adonde va la bulliciosa *festival*?

—A *Town Hall* esta endemoniada música.

—Va á acompañar á trescientos coristas que cantarán el *Great God* y la *Creation* de Handel.

—Mr. Ricardo Shawb, id á decir á la *festival*, que soy aficionado á la música, y que deseo oír el *Great God* y la *Creation*, esta tarde bajo mi ventana, antes de ponerse el sol.

—Capitan, dijo Ricardo, vamos á tratar de arreglaros esto.

—Qué, dudais?

—No, no, nada mas fácil, voy á ver al cherif y os llevaremos la *festival*.

Celestino volvió á subir á su casa, y anunció á Javier el concierto vespertino, que acaba de ordenar á Mr. Ricardo.

—Ese será un magnífico triunfo, le dijo.

Y se puso en la ventana para esperar la *festival*.

Una hora antes de ponerse el sol, se vió aparecer á la estremidad del *Sakville* á Mr. Shawb triunfante, que servia de vanguardia á la *festival*. El ejército de músicos desfiló en esta calle la mas larga del universo y se formó en batalla delante del *Post-Office*. Una sinfonía sirvió de apertura, cada músico, segun costumbre, tocaba lo que mas le agradaba, con aquella noble independendencia, que caracteriza al artista inglés. En seguida 300 bocas se precipitaron sobre el Handel y lo destrozaron sin lástima.

Celestino, desde lo alto de su ventana, dió gracias á los coristas y á los músicos, y con su tono de rey mandó á Greamech disipar el ejército.

Greamech se inclinó. Sin embargo, era facil de ver que Greamesh se contenía violentamente para no dejar conocer la desesperacion que lo dominaba.

A las nueve estando la noche muy oscura á causa de una tempestad, Celestino no pudo resistir al deseo de salir, pero bajo el mas grande incognito, para oír las conversaciones que tenian acerca de ellos en los paseos públicos.

El marino se deslizó ocultamente entre los grupos y su curiosidad tuvo lugar de quedar satisfecha. No se hablaba de otra cosa en Dublin que de los dos marinos.



Los trabajadores de Ricardo Shawb, los empleados de correos, los convidados acostumbrados de Greamesh, todos los que estaban mas inmediatamente interesados en este extraño negocio, se señalaban por la violencia de sus proposiciones.

— No es justo, se decía en este grupo, que dos o tres personas ricas paguen por toda la ciudad. Ved ahí la locura de la *festival* que ha costado Greamesh doscientas libras.

En otros decían:— Si esos atrevidos marinos permanecen así mas tiempo Greamesh y Ricardo se van á arruinar en ocho dias.— Eso es evidente.— ¿Y qué queréis que se haga?— Ayer se ha escrito al gobierno.— ¡Gran recurso!— El gobierno no hará nada.— Enviaré tropas.— ¿Y si ellos se burlan de la tropa?— Lo mas fácil es que se forme en Dublin un partido en favor de esos dos marinos.— ¿Un partido?— Sí, para favorecerlos.

La multitud corrió hácia la procesion, que en aquel momento atravesaba por *Phoenix-Park*; Celestino se volvía á su casa, cuando en el camino se encontró á M. Ricardo.

— Ojalá no os hacia por aquí, le dijo M. Ricardo Shawb en voz baja.

— Tened cuidado, M. Ricardo, no hagais el papel de mi ángel tutelar; tened cuidado.

— Volveos, capitan, volveos; ya es tarde; no sea que vuestro amigo haga algun atentado.

— Estad tranquilo, mi amigo tiene mis instrucciones... A propósito, M. Ricardo, necesito que me deis un consejo; tomad mi brazo, y hablemos como buenos vecinos.

— Capitan, tendré un gran placer en daros un consejo.

— Sí, andando me aconsejareis.... Yo tengo deseos de casarme; ¿Qué os parece?

— Pero, capitan, yo pensaba....

— Ya comprendereis, M. Ricardo, que no podemos vivir Javier y yo en este aislamiento. Tenemos deberes que cumplir con la sociedad.

— Pues bien, yo pensaba que si teniais algunos amores de vuestra juventud....

— No, M. Ricardo, no, todos los amores de nuestra juventud son pobres, y hoy tenemos otras pretensiones, y nos dirigimos á las herederas. El bello sexo es encantador en Dublin y nosotros hemos hecho ya nuestra eleccion.

— Ah! dijo M. Ricardo con voz apagada, habeis hecho una eleccion.

— Dos elecciones..... Creis que las familias consentirán en nuestros casamientos.

— Y porqué no? dijo el vecino en tono vacilante, no sois dos guapos jóvenes?

— Eso que nos decís....

Mr. Ricardo cayó en una profunda meditacion y despues de algun tiempo de silencio, dijo á Celestino:

— Escuchadme, capitan, me habeis pedido un consejo, y os lo voy á dar de amigo; me lo permitís?

— Dadmelo, vecino.

— Os estais preparando el camino del infierno, creedlo; Dublin os debe una reparacion, y os la dará, yo salgo garante. La sociedad de seguros, M. Greamesh, la administracion de correos y yo, haremos un sacrificio; os enriqueceremos de una vez, os pondremos en el camino de Francia, con doscientos mil francos en vuestra cartera y vuestra libertad.

Celestino se paró, y fijó sus grandes ojos en los de M. Ricardo.

— Querido vecino, dijo despues de una larga pausa, cuando nosotros tengamos esta fortuna en la cartera, y hayamos soltado la mecha como dos imbéciles, se nos prenderá.

— Oh! exclamó Ricardo, no temais nada; cien notabilidades de Dublin! con el *cherif* á la cabeza, y yo, juraremos sobre la sagrada escritura, que no se os hará ninguna violencia, y que se os permitirá volver á vuestro pais con vuestra fortuna y vuestra libertad.

— Esto necesita reflexionarse vecino... Escuchad un término medio.... dareis los doscientos mil francos á mi amigo Javier, él marchará, y yo me quedaré en Dublin, hasta que haya llegado á Francia, siempre sin apartarme del barril de pólvora. De esta manera al menos, hareis á uno dichoso, y no quedará en peligro mas que uno.

— No habrá ninguno.

— Aceptad mi proposicion, vecino.

— Corriente.

— Pues bien, yo acepto la vuestra, ocupaos al instante del negocio.

— Al momento, capitan.

— Abur vecino.

— Buenas noches, capitan, ya me vereis antes que salga el sol.

— Celestino se arrojó al instante en los brazos de su amigo, le contó su entrevista con el vecino.

Al alba, las cien notabilidades, los doscientos mil francos, el *cherif* y la Biblia estaban delante de la casa de Celestino. Javier bajó, recibió el juramento, y los billetes de banco y partió para Kingston en la silla de posta de M. Ricardo.

Celestino quedó guardando el volcan.

Javier, al llegar á Calais, escribió una carta á su amigo diciendole que le esperaba, con la vista fija en la Mancha.

Celestino salió atrevidamente con la carta de Javier en la mano y su mecha apagada. El pueblo le acompañó hasta el camino de Kingston gritando mil veces «viva Celestino.»



En el dia, Javier y Celestino viven en el ángulo mas fértil del departamento de *Bouches-du-Rhone* son miembros de la sociedad de agricultura y los primeros agrónomos del mediodia. Celestino ha inventado un sembrero mecánico, y merecido una medalla de oro en la última exposicion.

FIN



TEATROS.

De la Cruz.

A las cuatro y media de la tarde: Se pondrá en escena la muy aplaudida comedia en cuatro actos, titulada: **LAS TRAVESURAS DE JUANA**. Terminando la funcion con baile nacional.

A las ocho de la noche. El aplaudido drama en cuatro actos: **SEGUNDA PARTE DEL ZAPATERO Y EL REY**. Baile y sainete.

Del Príncipe.

A las cuatro y media de la tarde. La aplaudida comedia en tres actos, titulada: **LA REINA POR FUERZA**. Intermedio de baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

A las ocho de la noche. Última representacion de la comedia nueva en tres actos, titulada: **LA PERLA DE BARCELONA**. Un aria de la ópera el *Paria*. Sinfonia nueva á toda orquesta. Boleras nuevas del wals el Sevillano. La divertida pieza en un acto, **LA FAMILIA IMPROVISADA**. Terminará el espectáculo con la forlana.

Del Circo.

A las siete y media de la noche. El baile en cinco cuadros: **LOS INGLESES EN EL INDOSTAN**.